

Sobre la disminución de alumnos de Magisterio

Las estadísticas de matrícula en las Escuelas del Magisterio acusan un descenso verdaderamente alarmante en el número del alumnado masculino. Siguiendo el ritmo de los últimos diez años, llegará, sin duda, un día en que las Escuelas de nuestros pueblos y la educación de nuestros hijos, en el grado primario de la enseñanza, esté por entero en manos de las mujeres, si es que éstas no se deciden también a abandonar asimismo las aulas de dichos Centros. Pues muy pronto terminarán descubriendo también que entre ser maestra en un pueblo con un sueldo de menos de mil pesetas mensuales y mecanógrafa en una capital con ingresos dobles—o incluso con los mismos ingresos—, la opción no es dudosa. Y entonces veremos cómo la lucha contra el analfabetismo queda, no sólo cortada de raíz, sino inolvidada en su mismo planteamiento, y, por supuesto, agravada en sus mismas consecuencias.

Dios me libre de infravalorar la estimación de la mujer, y de insinuar nada que pueda interpretarse como menosprecio de su aportación en cualquiera de los sectores de la vida, y particularmente en el de la educación. Su función es tan elevada, sus cualidades tan excelsas, que resultaría injusto devaluar, en cualquier forma, la raíz esencialmente sacrificada, y hasta heroica, de su contribución como mujer maestra. Pero a cualquiera se le alcanza que la simple presencia de la mujer no es suficiente para resolver los tremendos y numerosísimos problemas que la educación exige y demanda. La total estructura educativa de un país, en sus esferas esenciales—y la enseñanza primaria es esencial de todo punto—, no puede dejarse, ni desde el punto de vista social, ni desde el cuadro de las exigencias políticas, a la total y exclusiva responsabilidad de la mujer, como un cometido suyo. Hace falta, y es necesario, que el hombre tome parte, y parte importantísima, en función de tan significativa y excepcional transcendencia. El camino que llevamos es, justamente, el contrario al que conviene. Nuestras Escuelas de Magisterio se despueblan de alumnado masculino, y aun muchos de los pocos que salen con el título de maestros, abandonan pronto sus Escuelas.

En esta deserción de los hombres forzosamente ha de concurrir una serie compleja de circunstancias que, como causas determinantes, expliquen, y aun justifiquen, la postura de quienes, estando vocacionalmente llamados a la docencia, adoptan decisiones y se aplican en su actividad a campos no docentes.

Sería, en verdad, interesante, trazar un esquema, lo más aproximado posible, del cuadro de causas concurrentes. Ante el hecho del abandono de los jóvenes respecto de la llamada a una urgencia en la revisión de nuestras necesidades en la enseñanza primaria, nadie puede ignorar la trascendencia y repercusión que tal realidad encierra.

No cabe culpar sólo al Estado; ni cabe, tampoco, descargar responsabilidades sobre corporaciones públicas. Es la sociedad en general la que debe asumir cuanto de inculcación pueda existir en tal manifestación de la realidad.

Si los alumnos—en masculino—van cada día en menos número a las Escuelas de Magisterio es porque no encuentran, en el ejercicio de la función docente, dentro del grado primario de la enseñanza, el estímulo, ni social ni económico, necesario para retener a una persona determinada en el desempeño de tal función. Y ello, en medio de su trágica realidad, no es sino una verdadera y profunda razón de abandono. El desamparo en que la sociedad deja a sus maestros, las dificultades de todo tipo—económicas, pedagógicas, políticas, etc.—con que éstos se encuentran a lo largo de su vida para dar debido cumplimiento a lo que la altura de su misión exige, son, entre otros, motivos más que sobrados para explicar una situación que puede derivar en dramáticos efectos de incalculable significado social. El día en que veamos—y tal vez ese día ha llegado ya—nuestros pueblos sin Escuelas, o con Escuelas cerradas, y el Magisterio como una carrera a la que acudan solamente quienes no hallan otra salida mejor o más corta, ese día habrá comenzado un proceso de descomposición cultural grave, y lo que pueda ganarse en avances técnicos se perderá en solidez básica educativa desde los estratos inferiores de la sociedad.

El Magisterio primario requiere, quizá en mayor medida que cualquiera otra función, una vocación excepcional. Pocas misiones exigirán una tan elevada capacidad de sacrificio y una tan recta pureza de intención. Pocas, también, plantearán el problema de la debida ejemplaridad personal en mayor medida y con tan acuciantes requerimientos. Precisamente por ello, es función que debe mimarse hasta el límite de lo posible, y entrega que debe ser cuidada más allá de lo socialmente conveniente incluso. Condenar al maestro a una situación de precario desenvolvimiento, hacer de él, en cierto modo, un héroe de cada hora, sólo conduce a minar, consciente o inconscientemente, los fundamentos mismos sobre cuyo auténtico enraizamiento se levante la riqueza más firme y segura de toda comunidad.

El abandono de las Escuelas del Magisterio; más exactamente aún, el no ingreso en las mismas de núcleos numerosos de futuros profesionales de la primera enseñanza, es un hecho entre nosotros. Y un hecho de graves consecuencias y de singular trascendencia. Nada debe preocuparnos tanto como el que podamos encontrarnos, en el futuro, con la necesidad y precisión, ineludibles, de replantear el problema de la educación como si operásemos sobre campo virgen.

Hoy, los deseos de aprender de las masas—de las gentes de nuestros pueblos, de los más débiles de nuestras ciudades—son fundamentalmente mayores. La educación es un derecho. Y como tal debe ser entendido. A nadie, en su grado primario, debe serle negado. No puede serle cargado todo el peso al poder público. Es a la sociedad a la que corresponde convertir en realidad este derecho, haciendo del mismo algo más que una pura declaración, y transformándolo en venturosa derivación de efectiva actividad.

Yo no he de entrar aquí en el posible análisis de cuantos medios podrían ser utilizados a título de vías de solución.

Es un problema complejo, y en cuyo estudio bien pueden adentrarse y profundizar los técnicos. Si me interesa, no obstante, fijar, a modo de conclusiones, las siguientes afirmaciones, que, acaso, sirvan como criterios directivos en esta línea:

1.º La disminución del alumnado masculino en las Escuelas de Magisterio es un problema de tipo nacional. El problema aquí se plantea así con un sentido inverso a como se da en otras profesiones. Existe plétora de abogados, médicos, etc. Empieza, en cambio, a acusarse una dolorosa y grave baja en el

número de los que desean ser maestros y pretenden dedicarse al ejercicio de tal función.

2.º El problema puede reconducirse, posiblemente, en sus últimas causas, a una cuestión de índole económica. El maestro es uno de los funcionarios públicos peor pagados y sin posibilidad de remuneraciones complementarias.

3.º Su situación en relación con el resto de la sociedad, y dada la altura de su función, queda notablemente disminuida, devaluada. No se puede pedir a nadie que esté de antemano dispuesto a convertirse en un héroe permanente. Esto es lo que prácticamente se solicita hoy del maestro.

4.º La sociedad debe pensar seriamente en las consecuencias últimas a que esta realidad conduce. Y debe pensarlo el Estado. Una mejor distribución de los presupuestos de éste y una más eficaz dedicación de aquélla, son exigencias primordiales. Entenderlo así equivale a salvar un futuro que, de otro modo, se presenta como gravísima situación de abandono cultural y de social irresponsabilidad.

MANUEL ALONSO GARCÍA